

Corría 1899 cuando en un Santiago aún decimonónico y provinciano llegó al mundo Clotario Leopoldo Blest Riffo.

Su padre (Ricardo Blest) era medio hermano de Alberto Blest Gana, el mismo que, entre otras cosas, fue embajador de Chile en Francia y autor de la primera gran novela chilensis "Martín Rivas" (1862) y de Guillermo, reconocido representante del romanticismo literario nacional.

El padre de ellos (un médico irlandés avecindado en nuestras tierras) y abuelo del sindicalista –si bien les dio su apellido a todos sus hijos (incluido el padre de Clotario, que nació de una relación extramarital)– no le dio el mismo trato a su familia ilegítima, ¡ni mucho menos!

Al contrario, cuentan que tras la temprana muerte de su padre que fue militar, Clotario y su madre viuda –profesora normalista– llegaron hasta mendigarle a la adinerada familia Blest Gana que les ayudara económicamente. Y nada.

Por eso cuando, en 1922, logró entrar como encargado del aseo a la Tesorería General de la República y, por ende, ser un empleado fiscal, sintió que su vida sería otra. Y lo fue...

“De mi padre supe poco. No lo quise nunca... maltrataba a mi madre. No quiero hablar de eso. Yo era muy pequeño, pero me di cuenta. Yo amé a mi madre por sobre todas las cosas”.

“Fui a la escuela pública. Un día el profesor reunió a todos los alumnos en el patio. -Que salga Clotario Blest- dijo. Cuando yo me presenté, me preguntó: ¿Por qué anda con los zapatos rotos? -Porque soy pobre, le contesté. Él me replicó: yo no acepto en esta escuela niños con zapatos rotos. Sáquese los zapatos y muéstreselos al resto de los alumnos. Todos los compañeros irrumpieron en una carcajada y me gritaron: ¡zapato roto! ¡zapato roto!”.

“Nunca visitamos a los parientes Blest Gana. Sólo una vez, recuerdo, que mi madre me señaló uno de sus palacetes: “allí viven tus primos, me dijo, pero a nosotros nos miran en menos porque somos pobres””.

Textos extraídos de las entrevistas realizadas por Mónica Echeverría a CLOTARIO BLEST para el libro "La Antihistoria de un luchador" (Lom Ediciones, 1993).



Plaza Italia a principios del siglo XX, antes que al centro de ella se colocara el monumento al General Baquedano.



L. Emilio Recabarren.



Padre Fernando Vives.



Pedro Aguirre Cerda.



Monseñor Caro.



Bernardo Leighton.

En el Seminario Mayor, donde se preparaba para ser sacerdote (vocación que no prosperó), Clotario tuvo como profesores al futuro Cardenal Caro y al padre Fernando Vives. Ambos lo marcaron a fuego en su ferviente aunque cuestionadora fe. De hecho, como contraparte a la vibrante Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), de tendencia más oligárquica, en 1927 Blest creó, y fue el primer presidente, de la Unión de Centros de la Juventud Católica. Dirigida a los obreros interesados en participar a través de la Iglesia en los destinos del país, generó importantes reflexiones (y críticas también) en medio de la jerarquía religiosa. Estos jóvenes trabajadores buscaban desplazar al “Cristo rey” para empoderar al “Jesús obrero”.



Padre Hurtado.



Eduardo Frei Montalva.



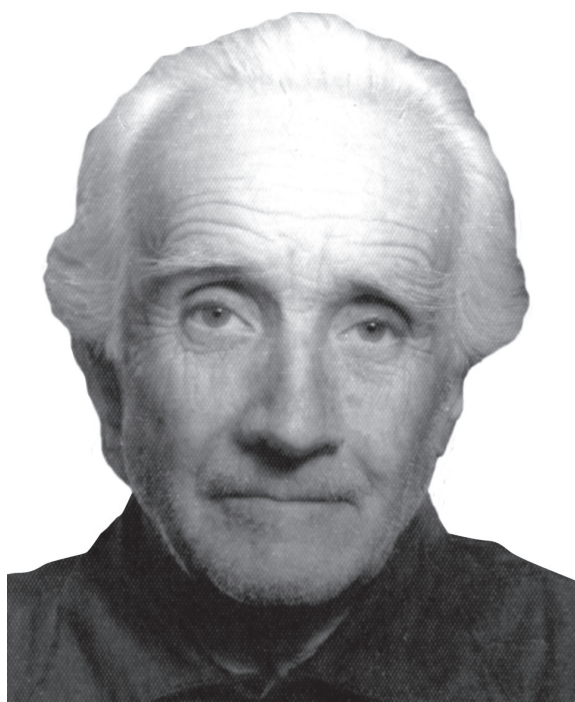
Cardenal S. Henríquez.



Radomiro Tomic.

Asimismo, las carismáticas figuras de Luis Emilio Recabarren, Pedro Aguirre Cerda, Eduardo Frei Montalva, Bernardo Leighton y Radomiro Tomic –aunque peleó mucho con los demócrata cristianos– marcaron también al líder sindicalista.

Blest tuvo un corto pero profundo romance con María Teresa Ossandón Guzmán (1902-1987) joven de la oligarquía santiaguina que era -como él- profundamente devota. Se conocieron en las actividades religiosas juveniles y –a momentos de comprometerse– decidieron, de común acuerdo, dedicar sus vidas al Evangelio. Ossandón ingresó al convento de las Carmelitas Descalzas y Blest se autoimpuso el celibato de por vida.



BLEST en su época de dirigente sindical. Fotografía del Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos.

Dado que la ley no permitía que los funcionarios públicos fundaran sindicatos, Blest (empleado de la Tesorería General de la República) en 1938 ideó crear la Asociación Deportiva de Instituciones Públicas.

Esta fue la hábil antecesora de otra de sus grandes obras: la Asociación Nacional de Empleados Públicos (ANEF), fundada en 1943 y vigente hasta nuestros días.

Por sobre sus propias tendencias políticas (además era bien reacio a los partidismos), la ANEF puso en jaque al presidente que fuera. Fue bajo su mandato que se creó el llamado Estatuto Administrativo de los Funcionarios Públicos (1944), el mismo que otorgó todo tipo de beneficios a los trabajadores del aparato del Estado, entre ellos, la cuestionada inamovilidad.



“Nos hemos asociado para buscar nuestro perfeccionamiento económico, cultural y social. Nuestro movimiento es gremialista, no somos políticos; la justicia social y la confraternidad humana son las bases de la ANEF. Buscamos el perfeccionamiento moral de nuestros asociados, basados en principios de honradez, disciplina y sacrificio”.

CLOTARIO BLEST en el acto de creación de la ANEF, 1943.

“Mientras los más representativos organismos de larga tradición social se dividen por mezquinos intereses del momento, nuestra colectividad da ejemplo a los trabajadores manuales, empleados particulares y profesores, de lo que es capaz una institución que sabe guardar incólume su UNIDAD”.

CLOTARIO BLEST, criticando los intentos de los partidos políticos de acaparar a la ANEF, 1946.

“Existen más de 10 mil funcionarios que ganan menos del salario vital fijado para los empleados particulares de Santiago. De estos, más de un 90% son casados, con dos o tres hijos. Sobre estas bases de inmoralidad, porque es inmoral el patrón que hace cumplir una ley a los demás y no es capaz de cumplirla el mismo, sobre estas bases de hambre y miseria, no es posible realizar una reestructuración de la administración pública”.

Discurso de CLOTARIO BLEST con motivo del 6° aniversario de la ANEF, 1949.

26 veces estuvo preso Clotario Blest en su azarosa vida. La primera fue en la Cárcel Pública en 1954. Corría el segundo gobierno de Carlos Ibáñez (1952-1958) cuando en un encendido discurso, el sindicalista se refirió al entonces presidente como "un traidor de la clase obrera y de la Nación".

¿Corolario?

La máxima autoridad lo mandó detener. Pero mucho antes de ello, Blest ya había dado muestras que le gustaba estar "donde las papas queman".

Como joven activista de la Iglesia Católica, como representante de los empleados públicos, como presidente de los trabajadores de Chile y como opositor al Gobierno Militar, no le faltó ocasión para estar en la lucha, como lo demuestran los ejemplos a continuación.



Fotografía de Kena Lorenzini.

Fotografía de Kena Lorenzini (1984) que capta el momento en que BLEST está rodeado de carabineros de fuerzas especiales.

1949: LA REVOLUCIÓN DE LA CHAUCHA

El radicalismo —entonces con el presidente González Videla (1946-1952) en el poder, estaba desgastado y desprestigiado. En ese contexto, desde La Moneda suben en 20 centavos (una chaucha) el boleto de la locomoción colectiva. Y se desató la "guerra". La noche del 16 de agosto de 1949, los estudiantes —apoyados por obreros y empleados fiscales (entre ellos el propio Blest)— salieron a las calles.

1968: LA TOMA DE LA CATEDRAL

"Por una iglesia junto al pueblo y su lucha", decía el inmenso lienzo que amaneció colgado en los muros de la Catedral de Santiago la mañana del 11 de agosto de 1968. Adentro había 200 personas de la llamada "Iglesia joven" —entre ellos ocho sacerdotes— y muchos laicos jóvenes que simpatizaban con la llamada "Teología de la Liberación" por esos años en boga. Ahí también estuvo Clotario Blest.



Carro lanza agua en la Alameda (1957).

Colección Biblioteca Nacional de Chile.



Presidente Ibáñez, CLOTARIO BLEST y Luis Figueroa, dirigente sindical comunista, en La Moneda



Carabineros deteniendo a huelguistas (1957).



Manifestantes volcando un bus (1957).

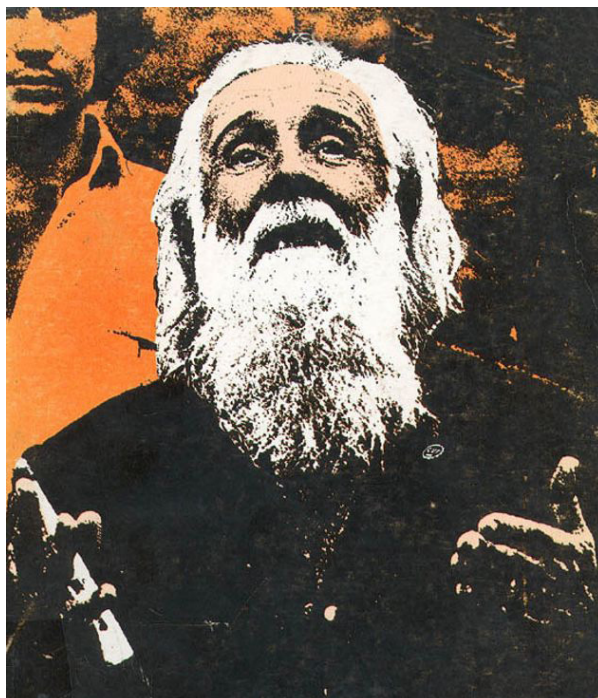
53 años recién cumplidos tenía Blest cuando, finalmente, en 1953 logra uno de sus viejos anhelos: unir a la clase trabajadora. En su declaración de principios, la Central Única de Trabajadores, CUT se afirma: “El régimen capitalista actual fundado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos y medios de producción y en la explotación del hombre por el hombre, que divide a la sociedad en clases antagónicas, explotados y explotadores, debe ser sustituido por un régimen económico social que liquide la propiedad privada hasta llegar a la sociedad sin clases, en la que se asegure al hombre y a la humanidad su pleno desarrollo”.

“La CUT no es ni puede ser un partido político... De aquí que la CUT no obedece ni se somete a consignas o acuerdos determinados por estos partidos políticos que la integran; nuestros sindicatos y gremios no pueden actuar en ellos sino en función de los intereses sindicales y gremiales... Evidentemente que esto no significa que nuestros trabajadores deben despojarse o renunciar a sus ideologías o doctrinas políticas al incorporarse a la acción sindical o gremial...”.

Revista ANEF N° 15, marzo-abril de 1957.

En 1961 “don Clota”, como le decían sus compañeros, deja la presidencia de la Central Única de Trabajadores. Cuando en 1988 se crea la Central Unitaria de Trabajadores, fue nombrado presidente honorario de esta nueva iniciativa sindical nacida en los albores del retorno a la democracia.

¿Cómo cambió su vida después del Golpe Militar?, le preguntó Mónica Echeverría un día de 1978, mientras lo entrevistaba para su libro "Antihistoria de un luchador", la mayor biografía de Clotario Blest escrita hasta la fecha. Sin que se le moviera un pelo, este le respondió: "Al día siguiente del golpe me hice una promesa: mientras durara esta tiranía no me cortaría más la barba. Los días domingo dejé de ir a misa, ocupé ese tiempo en visitar a los presos. Esos pobres hombres y mujeres que habían padecido la tortura y el fracaso de sus ideales... Los clandestinos sabían que fueran lo que fueran sus militancias, las puertas de mi casa permanecerían abiertas". Y cumplió a cabalidad las dos promesas.



Portada libro "CLOTARIO BLEST" de Maximiliano Salinas (1980).

"Yo no creí nunca en la trampa del llamado "milagro económico", pues toda esta bonanza era falsa y se debía a créditos de la banca internacional que a la larga tendríamos que pagar todos y con intereses. Traté de advertirles a la directiva de la ANEF. Pero era tanta la propaganda y las ansias de la mayoría de poseer lo que hasta entonces era inalcanzable, que los consejos de este viejo cayeron en el vacío. Ahora están desesperados".

Entrevista a Mónica Echeverría, 1979.

"Él (Pinochet) tiene la típica personalidad del traidor rastreador. Para lograr sus propósitos no trepida en mentir. Vea usted como engañó a Frei, a Allende, a su compañero de armas, Carlos Prats, y ahora a este tenebroso colega (Gustavo Leigh). Con lo acontecido, Pinochet se ha vuelto el único dueño del país. Los otros tres miembros de la Junta, para no caer en desgracia, no se atreverán nunca a estar en desacuerdo con él".

Entrevista a Mónica Echeverría, 1978.



Iglesia Recoleta Franciscana (Monumento Nacional).

Dicen sus biógrafos que si Blest hubiera sido sacerdote, ¡de todas maneras hubiera sido franciscano! Desde muy niño la “Plegaria simple” y el “Cántico a las criaturas” de San Francisco de Asís (1181-1226), así como la sencillez del “poverello” lo cautivaron en demasía. Pero no fue sacerdote... A cambio la vida le deparó una fatigosa misión ligada a la defensa de los derechos de los trabajadores.

Sin embargo, ya en la vejez –algo alejado del quehacer contingente (durante los años de la Dictadura Militar el sindicalismo estaba prohibido)– ingresó a la Orden Terciaria Franciscana Seglar. Esta, creada por el propio san Francisco en 1221, acogía a aquellos hombres y mujeres laicos que se sentían atraídos por el espíritu de la congregación, pero que por diversos motivos no eran religiosos.

Pese a que en sus conventos solo podían vivir los franciscanos, Blest –en 1989– fue aceptado en la Recoleta Franciscana ubicada a pasos de la Vega Central. Allí –con la cabeza algo perdida– pasó los últimos años de su vida, igual que fray Andrecito, a quien tanto admiraba por su cercanía a los pobres. Apegado a un crucifijo, acompañado por un par de gatas regalonas y los “enfermeros franciscanos”, practicó hasta el final el ascetismo que le fue tan propio durante toda su existencia.

El 31 de mayo de 1990, finalmente Clotario Blest Rizzo descansó en la paz del Señor rodeado de sus hermanos franciscanos. Su funeral fue apoteósico. No por la parafernalia, ni porque a él asistiera desde el presidente Aylwin hasta los vagabundos que deambulan por la Vega Central, pasando por ministros de Estado, dirigentes sindicalistas, parlamentarios, embajadores y connotados empresarios, ni por la colorida despedida de las floristas. ¡Mucho más que eso!

Fue grande y significativo porque miles de compatriotas anónimos aprovecharon para agradecerle a "don Clota", tanto su infinita consecuencia y valentía, como su tozudez y mal humor.

“Tenía una gran admiración por don Clotario que fue un hombre que dio testimonio. Él vivió sus principios y sacrificó oportunidades de una vida holgada, entregado a sus ideales de profunda formación cristiana”.

Presidente de la República, Patricio Aylwin.

“Don Clotario fue una de las primeras personas que después del Golpe Militar nos amparó. Nuestras primeras conferencias de prensa, para dar a conocer nuestro drama, fueron en su casa de San Isidro”.

Sola Sierra, presidenta de la Agrupación de Detenidos-Desaparecidos.

“Rendimos un minuto de silencio en homenaje a este connotado sindicalista que nos deja como herencia la consecuencia en la defensa de los trabajadores”.

Declaración del Partido Comunista.

“Su muerte nos resulta muy dolorosa, no sólo porque él fuera un miembro fundador, sino porque, muchos de los cuadros de nuestra dirección son fruto de horas de diálogo en su casa”.

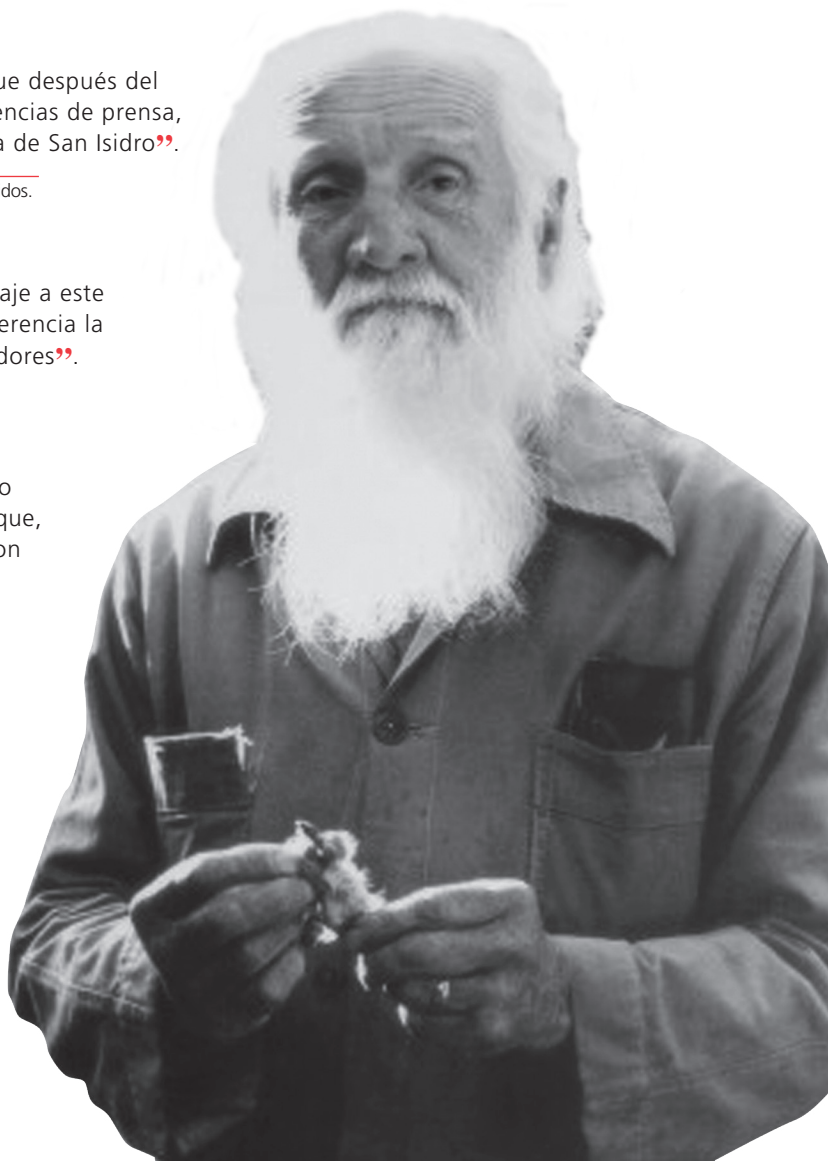
Declaración del MIR.

“Estuvo siempre con el pobre, con la víctima, llevó una vida de constante oposición y denuncia profética; es un verdadero profeta de los Derechos Humanos”.

Movimiento contra la tortura Sebastián Acevedo.

“Llegué temprano en cuanto había terminado el toque de queda (a veces es difícil acordarse de que vivíamos acuartelados.) Me apuré por la foto, pues tenía que llevar comida a los presos de la dictadura. Me costó enfocar con la emoción del momento”.

Luis Poirot fotógrafo nacional y autor de esta fotografía.



Fotografía de Luis Poirot.